El carnaval de la capital

Bulmaro Villarruel Velasco

Índice

Agradecimientos 11

La vida en la Ciudad de México es un carnaval
René Avilés Fabila 13

Introducción 17

I. Antecedentes paganos del carnaval en Europa 25

II. La cosmovisión del México prehispánico
y las festividades del ciclo agrícola 77

III. Las mascaradas en la Nueva España 99

IV. Las carnestolendas llegan a México-Tenochtitlan 117

V. El siglo XIX: De las carnestolendas europeas
al carnaval mexicano 165

VI. De los bailes de máscaras a los paseos aristocráticos 211

VII. Del carnaval de la Ciudad de México a los carnavales
del Distrito Federal. El siglo XX 281

VIII. Diferentes tendencias de disfrazados en el carnaval
chilango. El rey Momo y los locos del carnaval 391

IX. Los símbolos del carnaval. La danza de los huehuenches y la ceremonia del ahorcado 495

X. El siglo XXI: presente y expansión 693

XI. El carnaval: pariente pobre del calendario festivo de la Ciudad de México 711

Glosario 731

Bibliografía 751

La vida en la Ciudad de México es un carnaval

Hay carnavales muy antiguos, que hunden sus raíces en el pasado remoto. Algunos investigadores señalan que sus orígenes están en las culturas griegas, romanas y egipcias, es decir, son anteriores al cristianismo. Ahora, bajo el peso religioso, se han mezclado con elementos católicos y sus resultados prosperan con toda clase de festejos que suelen ser gozosos.

El carnaval es una celebración, es comer, bailar, recorrer calles, mostrar júbilo y orgullo cultural, es invocar por igual a las viejas y las nuevas deidades. Es el encanto del paganismo, el que jamás ninguna religión occidental ha podido eliminar. Participar en alguno de ellos o simplemente presenciarlos, nos enriquece y permite ver a un pueblo o, en este caso, a una ciudad, que mantiene vigente su historia y sus costumbres.

Si el carnaval de Río de Janeiro o los que celebran en Nueva Orleans y en Venecia tienen prestigio a escala internacional, en México, sin duda el más famoso de los carnavales es el del Puerto de Veracruz. Sobre este festejo anual que atrae personas de toda la República y aun del exterior, hay un libro detallado, ligero y muy ameno escrito por Gonzalo Martré, un novelista que prácticamente ha estado en todos desde sus años mozos, alrededor de 1950. Sin embargo, el mayor número de carnavales se lleva a cabo en la Ciudad de México, tal como nos cuenta en detalle el investigador Bulmaro Villarruel.

Leer el libro de Bulmaro Villarruel es penetrar en un mundo que trata exitosamente de sobrevivir en la Ciudad de México, donde la ingenua modernidad, frívola por añadidura, no acaba de entender la lucha que amplios sectores llevan a cabo para mantener sus costumbres. Es un sitio

I. Antecedentes paganos del carnaval en Europa

No temáis, Sancho, que lo que ves no son
sino cómicos vestidos de carnaval.
Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*.

El carnaval es una fiesta que tiene su origen en las etapas primigenias de la sociedad, es un festejo por la vida y contra todo aquello que implica inmovilidad y muerte, es un momento de reflexión sobre la relación del hombre con la naturaleza que lo cerca y lo domina, sobre el peligro de muerte que lo atrapa en los periodos invernales, cuando se extingue la vegetación en llanuras y montañas y los animales migran hacia lugares más cálidos; es el temor de nuestros ancestros por quedar en un estado de indefensión que evidencia su fragilidad dentro del ecosistema. Es el júbilo por sobrevivir a los fríos invernales, es la superación de las enfermedades y el asedio de las fieras depredadoras, que constituían las premisas inmediatas para asociar el invierno con la muerte y el fin de la vida. Aunque el clima invernal es diferente en todo el mundo, afecta por igual a los seres humanos de los distintos continentes.

No obstante la distancia que separa a los hombres entre regiones, países y continentes, sin tener sistemas satelitales o los medios de comunicación masiva para entrar en contacto, desde la Antigüedad los seres humanos han coincidido en la realización de fiestas propiciatorias que convierten la soledad en sociedad; por eso cuando se aproximaba el invierno hacían fiesta y cuando sobrevivían al invierno, la volvían a hacer.

Desde los albores de la sociedad dominó el politeísmo, con sus fiestas propagadas por todos los pueblos de la Antigüedad y que constituyen la base de una cultura sólida de todos los grupos humanos. Desde esos tiempos el hombre se doblegó ante las fuerzas naturales atribuyéndoles una explicación divina para entender la existencia de esas fuerzas que no controlaba y que lo acosaban: el dios trueno, la diosa lluvia, el dios viento y tantos otros como su imaginación le permitía, creando un dios para cada cosa; de

igual forma comenzó a retener hechos significativos en la memoria, para festejar el reverdecer del planeta que llegaba con la primavera y el conteo de los días mediante el Sol y la Luna, para dotarse de sus primeros festejos sociales: "Las fiestas que anunciaban la primavera y la propiciaban con su magia se extendieron por las poblaciones que se encontraban en las tierras fértiles al norte del Mediterráneo, en donde se desarrollaban importantes focos culturales desde la Antigüedad clásica".[1]

Los festejos de carnaval en todo el mundo están ligados a las fiestas propiciatorias; sobre todo las que se efectuaban en Roma, porque después de Egipto el gran centro de poder en el mundo fue Roma, que impuso sus costumbres. Esta aseveración no pretende convalidar la idea de un origen único en cuestiones culturales, como lo pretende la visión eurocentrista; cada una de las partes son integrantes de esta historia conformada por los espacios unificadores de convivencia humana y que hacen del *habitus* una fiesta universal. Dentro del ciclo festivo de invierno, podemos ver en estas fiestas los antecedentes precursores de otras celebraciones que posteriormente serían reconocidas durante el Renacimiento como parte de la cultura popular:

> Cuando se trata de pueblos cuya cultura está en gran medida condicionada por el medio natural, estas convergencias resultan infaltables. Son así magnos días festivos, de difusión universal, el comienzo de la primavera, símbolo del renacimiento o renovación de la naturaleza; los señalados momentos en que el Sol parece detenerse en su marcha y por eso llamados solsticios, la apertura de la navegación como consecuencia del deshielo; la caída de las primeras precipitaciones o el cese de las lluvias y tantos otros semejantes.[2]

Todas las celebraciones de diciembre, enero y febrero eran introductorias de la primavera (por eso en algunos lugares llaman al carnaval *introito, antroxu, entroido, antruejo*, términos que quieren decir entrada), estas fiestas marcaban el paso del solsticio de invierno al equinoccio de primavera, en el que el Sol gana poco a poco a la oscuridad, el calor al frío y la fertilidad de los campos a la sequía y la esterilidad. Fiestas en las que el caos señoreaba sobre el orden y la sociedad o el grupo permitían o alentaban las transgresiones que tenían que ver con el desenfreno sexual o el consumo de carne en todas sus expresiones.

[1] A. León, "La fiesta del carnaval", *Temas*, núm. 6, 1985, p. 37.
[2] A.R. Cortázar, *Carnaval en el folklore calchaquí*, Buenos Aires, Sudamericana, 1949, p. 12.

Muchos historiadores sostienen que las fiestas precursoras del carnaval tuvieron su origen en aquellas que los antiguos egipcios celebraban en honor de Isis y el buey Apis; en las dionisiacas y antesterias, que los griegos consagraban al dios de la exaltación y el vino; en los festejos que, con motivo de la cosecha del muérdago, realizaban los galos para conmemorar la reaparición de la primavera; en las desenfrenadas danzas y alegres cantos a que se entregaban los germanos cuando terminaban la recolección; en las mascaradas de las calendas; en las pastoriles lupercales y en los libertinajes que se permitían los romanos durante las escandalosas saturnales.[3] Así, el antecedente inmediato de las fiestas de la carne eran las celebraciones dedicadas a la agricultura:

> Las orgías asociadas a los ciclos agrícolas y a la primavera representan la unión del dios Sol con la madre Tierra, que es alentadora de las fuerzas de la naturaleza; fertilidad imitativa; la siembra de la semilla; regeneración. El retorno del caos ocurría también en el solsticio de invierno, el año nuevo, en los doce días que seguían al renacimiento del dios muerto o dios de la vegetación de los romanos. En Babilonia había doce días de duelo entre el caos y el cosmos, y en el cristianismo existen doce días de navidad bajo la dirección del señor desorden.[4]

Es muy común encontrar que las fiestas de carnaval se derivan de las saturnales romanas, de las bacanales, las lupercales y las megalestianas griegas.

Diversas teorías dan cuenta del origen racial de los griegos y de la importancia que tuvo Grecia para la fundación del Imperio Romano. Sin embargo, un análisis objetivo parecería indicar que Grecia no fue la cuna de la civilización, como se ha difundido, y que más bien fue el punto de encuentro entre diversos pueblos, culturas y razas de la Antigüedad. Comerciantes y piratas llevaban en sus naves todas las riquezas de Asia y África: marfiles, telas de Siria, vasos de oro, cerámicas, púrpura, perlas y bellas mujeres, arrebatadas de alguna costa salvaje. Gracias a estos cruzamientos de razas se moldeó un idioma armonioso y fácil, mezcla del celta primitivo, el zendo, el sánscrito y el fenicio:[5]

[3] R. Díaz Muñoz, *El carnaval, gran fiesta de la sensualidad*, México, Posada, 1976, p. 13.
[4] J.C. Cooper, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Gustavo Gilly, 2004, pp. 134-135.
[5] K. Donángelo, "Las bacanales", disponible en: almargen.com.ar/sitio/seccion/cultura/bacanal/index

II. La cosmovisión del México prehispánico y las festividades del ciclo agrícola

Todo paganismo no es más que un sistema de verdades
corrompidas y desordenadas; y es suficiente, por así decirlo,
con "repulirlas" y ordenarlas en su sitio para verlas
resplandecer con toda su luz.
Joseph de Maistre, *Las veladas de San Petersburgo*.

El hombre americano vivió aislado del resto del mundo durante un largo periodo, por lo que sus formas de expresión artística son distintas de las que el hombre creó en otras partes del mundo. Pueden existir semejanzas, pero las experiencias, sensibilidades, emociones e inquietudes que atesoran los objetos creados tienen en cada lugar su propia dimensión.

Podemos decir que los primeros pobladores de estas tierras se dividieron en dos grandes sectores: los que ocupaban la parte sur de lo que es hoy Estados Unidos y el norte de México, siguiendo una línea sinuosa que va desde el río Pánuco al oriente, hasta Sinaloa al occidente, pasando por el río Lerma. En ese inmenso territorio merodeaban los grupos de cazadores-recolectores. Al sur de esa línea se asentaron los pueblos que, al dominar la agricultura, construyeron sociedades muy evolucionadas; quizá la organización política más avanzada sea la alianza mexica-acolhua-tepaneca, que dominaba desde el Soconusco hasta la Huasteca.

Después de 1215 los mexicas entraron en el Valle de México para establecerse en Ehecatépec, bordearon el sur de la sierra de Guadalupe y arribaron a Tecpayocan, el actual cerro de Santa Isabel Tola, cerca del lugar donde se encuentran las esculturas de los Indios Verdes. Ahí, en 1267, encendieron su tercer fuego nuevo. Luego entraron en las tierras de la jurisdicción del señorío tepaneca de Azcapotzalco, donde les permitieron avecindarse en calidad de tributarios, y más tarde, en 1273, se establecieron en Chapultepec. Su peregrinar por el valle terminó en 1345, cuando fundaron la ciudad de Tenochtitlan sobre un islote abandonado, a un costado de la actual iglesia de Santo Domingo. Doce años después otro grupo mexica se estableció en el islote contiguo, conocido como Tlatelolco, que estaba habitado desde tiempo atrás.

El México prehispánico tuvo un desarrollo propio que no corresponde con los tiempos ni las costumbres de la civilización europea, pero coincidía con algunos procesos, costumbres y tradiciones culturales que se habían desarrollado en aquellas tierras muchos años antes, cuando la sociedad tribal dominaba y el animismo caracterizaba a la sociedad. Tiempos en que el hombre permanecía arraigado a la naturaleza, nada existía ajeno a ella; su vida y sus tradiciones estaban atadas a las estaciones del año porque todo se desenvolvía según la renovación y los cambios que sufría la tierra; la vida, sus dioses, todo estaba relacionado con el cultivo de la tierra, el dominio del Sol, los tiempos de lluvia, la cosecha, la rotación de la Tierra y el calendario lunar.

En el Valle de México la vida de los macehuales estaba llena de peligros, su mundo se sostenía gracias a los favores de los dioses, que se congratulaban con los ritos complejos y los sacrificios humanos, realizados para agradecerles la existencia del mundo, un mundo creado gracias a la inmolación de los mismos dioses.

Según contaba su historia, después de haber permanecido en reposo durante más de seiscientos años, los dioses se reunieron en Teotihuacan para planear la creación del mundo.[1] El enfrentamiento constante entre las fuerzas opuestas de Tezcatlipoca y Quetzalcóatl había servido para la creación de cuatro mundos, ficticios y falsos, cada uno con su propio sol. Estos mundos anteriores habían estado habitados por gigantes o por seres que no respondieron a las expectativas de sus creadores, por tal motivo fueron castigados con la destrucción de su existencia. Del recuerdo de aquellos mundos falsos sólo quedaron los simios, las aves y los peces.

Cuando perecieron los seres del cuarto sol volvió a reinar la oscuridad —debido al agua, como afirma una de sus creencias, o porque los dioses acabaron con los gigantes según otra—. Entonces, volvieron a reunirse los dioses para crear un mundo nuevo, con seres más inteligentes y más benignos que los anteriores, pero el Sol se había perdido en la catástrofe y para resolver la existencia del nuevo sol se requería que uno de los dioses se sacrificara para convertirse en el astro rey. Cuando uno de ellos aceptó el reto y se convirtió en sol, ya no quiso moverse. Los dioses, incrédulos, le pidieron que se moviera, pero su respuesta fue terrible: exigió el sacrificio del resto de los dioses para iniciar su marcha como el quinto sol.

[1] A. Yáñez, *Mitos indígenas*, México, Imprenta Universitaria, 1942.

Cuando todos los dioses se sacrificaron, se inició el movimiento del Sol para provecho de los hombres.

De esta forma, la creación del hombre deja de ser un don gracioso de los dioses para convertirse en un compromiso recíproco (hombre-dios) de adoración y agradecimiento continuo. Por eso el sacrificio humano se volvió esencial en la religión mexica; si los macehuales habían sido creados mediante el sacrificio de sus dioses, entonces debían corresponder de la misma forma. Los dioses demandaban el sacrificio continuo del hombre, necesitaban como alimento la sustancia mágica de la vida, esa que se encuentra en la sangre y en el corazón humanos.

El mito de los cinco soles augura el fin del mundo, como sucedió con los otros mundos, y ese fin corresponde al mundo actual, se consumará mediante un terremoto el día "4 temblor". Esto podría suceder en cualquier momento, al final de un siglo o al principio de otro, también podría suceder que un día no se encendiera el fuego nuevo. Con ritos complejos y sacrificios humanos, los mexicas refrendaban su pacto cada cincuenta y dos años, esperando que el fuego volviese a prender.

La forma de contabilizar los días y los años era muy diferente a la europea, pues la cosmovisión náhuatl del tiempo estaba íntimamente ligada con el ciclo agrícola. El año se iniciaba con el reverdecer de las hojas, con los primeros brotes de la primavera, entre los meses de febrero y marzo.

Los evangelizadores o cronistas españoles que escribieron sobre la época y quienes escribieron más tarde nos legaron un pequeño bosquejo de aquel mundo antiguo, así como sus apreciaciones sobre el día que marcaba el inicio del año indígena; algunos de ellos señalan el 2 de febrero (fray Bernardino de Sahagún, Manuel Orozco y Berra) mientras que otros, el 26 de febrero (Joseph de Acosta, Francisco Javier Clavijero, Motolinía, Durán). No obstante su desacuerdo, coinciden en la cercanía que tenían ciertos eventos relacionados con la primavera y tales hechos nos permiten pensar que el 26 de febrero sería la fecha más acertada, de otra forma se habría adorado a Tláloc y a Xipe Tótec en pleno invierno; por los rasgos de las celebraciones todo parece más cercano a la primavera, y de ser ciertas sus afirmaciones, las fiestas relacionadas con la fertilidad que se realizaban en Mesoamérica se empalmaban con las fiestas del carnaval europeo.

En el Valle de México existen dos estaciones de igual duración, la seca y la de lluvias, que se reparten el año. La segunda comienza a principio de mayo, cuando los vientos del noroeste traen las primeras lluvias, y termina a principio de octubre. Cerca de 80 por ciento de las lluvias cae

entre el primero de junio y el primero de octubre, y las precipitaciones más frecuentes ocurren en el sur del valle, sobre todo en las laderas de los macizos meridionales (450 ml anuales de media en las llanuras del norte y 1,500 ml en las montañas del sur).

Las temperaturas medias entre la estación seca (más fresca) y la húmeda no difieren entre sí más de 4 °C; abril y mayo son los meses más calurosos, pero incluso en diciembre y enero pueden registrarse hasta 30 °C a mediodía. La exposición al Sol es mayor en invierno (la estación seca, que en otro tiempo se llamaba a menudo verano), y de noviembre a enero las heladas nocturnas pueden resultar severas. Algunas veces el hielo comienza en octubre y se prolonga hasta fines de febrero. Las heladas nocturnas en mayo o septiembre eran desastrosas para los tiernos brotes del maíz o para el maíz aún no maduro.

La estación de las lluvias es, en definitiva, la del maíz, cuyo ciclo de seis meses (para las variedades más corrientes y más productivas) regula, incluso en nuestros días, la vida de los campesinos. Las siembras acontecen a comienzos de la estación, y las espigas están completamente desarrolladas en septiembre; al mes siguiente, el descenso de la temperatura y de las precipitaciones favorece la maduración final de las cosechas. El clima, aunque ha sufrido modificaciones, no parece haber cambiado de manera significativa desde el inicio de nuestra era.

A 19º de latitud norte, en el solsticio de verano, el Sol proyecta a mediodía su sombra más corta hacia el sur y se encuentra en su punto extremo al norte. Su paso al norte comienza el 18 de mayo, cuando alcanza por primera vez el cenit, y finaliza el 27 de julio, fecha de su segunda culminación.

Por último, no debemos perder de vista que los cronistas redactaron en su mayor parte sus obras antes de la reforma gregoriana y, por lo tanto, establecieron las correlaciones de las veintenas con el calendario juliano. En 1519, los solsticios y los equinoccios se producían no hacia el 21, sino hacia el 12. Del mismo modo, en el calendario juliano del siglo XVI la estación de las lluvias se iniciaba y finalizaba una decena de días antes que en el calendario gregoriano.

Para la determinación del año solar, el calendario prehispánico se guiaba por el tiempo que tardaba la Tierra en dar la vuelta al Sol, lo que hacía variar los tiempos correspondientes al inicio y fin del año, aunque ellos realizaban algunos ajustes relacionados con el año bisiesto y un ajuste de trece días cada 52 años. El calendario solar estaba dividido en 18 meses de veinte días. Las semanas eran de trece días y los siglos de 52 años. Los

III. Las mascaradas en la Nueva España

> Curioso sería el libro en que se procurase hacer
> la historia de los espectáculos públicos en México.
> Para ello habría que remontarse su autor a los días
> mismos de la Conquista y escudriñar la obra maravillosa
> de la propagación de la fe, realizada por los venerables
> religiosos que a estas regiones envió la pía Providencia.
> Enrique Olavarría y Ferrari, *Reseña histórica del teatro en México.*

La palabra mascarada deriva del término *masqué*, enmascarado, y es un desfile cortesano en el que se baila y se canta; fue un espectáculo exclusivamente cortesano en el que destacaba la coreografía, que vinculaba el tema a una alegoría de la relación entre el soberano y sus súbditos o hablaba de un éxito político o algún acontecimiento relevante para la monarquía o alguno de sus miembros. En las mascaradas se podían observar fastuosos despliegues de efectos especiales que se mezclaban con la música, las danzas y el canto, buscando un efecto sensacional que prevalecía sin duda sobre el lenguaje. Los guiones se escribían por encargo de la corte con ocasión de algún festejo o celebración específica, y su intención primordial era la de alabar las conquistas y los logros del monarca.

La celebración empezaba cuando los participantes en la obra entraban al salón del festejo acompañados de músicos y pajes con antorchas. El espectáculo incluía danzas, cantos y pasajes poéticos recitados, a cargo ya de actores profesionales, culminaba con la invitación a los espectadores para unirse al baile y concluía con un banquete:

> Las raíces de la mascarada, al igual que las del melodrama o la mojiganga, pueden encontrarse en las festividades al aire libre y las farsas italianas y francesas. Los actores recitaban, cantaban y danzaban en representaciones de temas alegóricos o mitológicos que en Italia se iniciaron desde principios del siglo XV. Una de las aportaciones más importantes de la mascarada fue la participación del público.[1]

[1] *La mascarada*, Biblioteca de Consulta Microsoft ® Encarta ® 2006 [CD], Microsoft Corporation, 2005.

La mascarada cortesana apareció en 1512 durante el reinado de Enrique VIII de Inglaterra y, durante el reinado de Jacobo I, fue la forma teatral más popular, que se perfeccionó posteriormente con la incorporación de una lírica brillante (poesía, música y baile). Tras disfrutar de un gran auge, la mascarada declinó rápidamente en Inglaterra, aunque sobrevivió un siglo más en la corte real de Francia y otros países europeos. En la mascarada, los actores suelen representar a personajes mitológicos, que llevan máscara, cuyo uso se remonta al teatro griego, que formó parte de la vuelta a los clásicos durante el Renacimiento. Más tarde y como un complemento del carnaval y para darle mayor variedad, atractivo y animación, se restablecieron las mascaradas:

> Las mascaradas francesas de la Edad Media fueron notables por sus tendencias satíricas; en ellas estaban representados a veces los mismos soberanos bajo disfraces burlescos, los criados eran cubiertos de miserables harapos, en otras ocasiones se envolvían en aparentes oropeles parodiando el lenguaje y los ademanes de sus amos, de quienes se mofaban para mayor diversión del buen público. ¡Qué satisfacción interna para el pueblo la de poder decirse: "hoy voy a ser igual de mis superiores y el superior de mis iguales"! Esto sin contar con los atrayentes accesorios, danzas, juegos, festines y farsas que ilustraban esos días de gran regocijo.[2]

Durante esos días la autoridad quedaba desarmada, la nobleza burlada y la policía arrollada mientras que los criados se convertían en amos. Era increíble que la simple diversión del carnaval, en la que el pueblo podía organizarse y hacerse cargo de la fuerza de la masa, tuviera mayor influencia que mil panfletos emitidos por las aspiraciones democráticas que fermentaban en el fondo de muchos corazones.

Como se señaló, las mascaradas eran reuniones, festejos o representaciones de aquellos que pertenecían a la aristocracia y acudían a ellos disfrazados y con antifaz. Las mascaradas predominaron en Europa durante los siglos XVI al XVIII, porque estos saraos ayudaban al divertimento y la distracción de la nobleza sin tener que recurrir al contacto con la gente del pueblo. Estas representaciones ridículas o grotescas eran lo más cercano a un carnaval aristocrático.

[2] E.R. Valdivieso, "Carnaval o carnestolendas", *El Nacional*, domingo 5 de marzo de 1933, pp. 4 y 6, suplemento dominical, p. 4d.

Muchos madrileños, por ejemplo, disfrutaban de las mascaradas, las mojigangas y los bailes de máscaras que se organizaban en el siglo XVI, con sus bromas del mundo al revés, sus gulas y vigilias, la parte erótica de las carnestolendas, con los paseos, bromas y escarceos, pero también muchos aprovechaban el uso de la máscara y el disfraz para cometer todo tipo de fechorías que provocaron la persecución y la prohibición del uso de la máscara.

Los Reyes Católicos, al igual que otros nobles de su tiempo, tenían la costumbre de disfrazarse y participar de algunas bromas en lugares públicos, era la época de apogeo de las mascaradas en España. En 1523 Carlos I y su esposa rechazaron este tipo de escenas mediante un decreto que prohibía toda fiesta donde apareciera gente con máscaras:

> Porque del traer de las máscaras resultan grandes males, y se disimulan con ellas y encubren; mandamos, que no haya enmascarados en el reino, ni vaya con ellas ninguna persona disfrazada ni desconocida; so pena que el que las truxere de día y se disfrazare con ellas, si fuere persona baxa, le den cien azotes públicamente y si fuere persona noble o honrada, le destierren de la ciudad y villa o lugar donde la truxere, por seis meses, y si fuere de noche, sea la pena doblada.[3]

El emperador Carlos V fue recibido en Toledo en 1533 con carros triunfales, y los integrantes de cada gremio realizaron sus propias invenciones para hacerlos más vistosos. Siguiendo los mismos pasos de sus antecesores, continuó Felipe II, que después fue sustituido por Felipe IV, quien decidió restaurar esas fiestas porque le agradaba su colorido y misticismo.

La mascarada llegó a nuestro continente desde la península ibérica para sentar sus reales en la Nueva España, y fue de las diversiones preferidas por los conquistadores y la nobleza virreinal. Según Lauro Rosell,[4] las mascaradas en la época de la Colonia se realizaban en cualquier mes y fecha del año, se organizaban con gran pompa, regocijo y cualquier acontecimiento podía ser el pretexto para llevarlas a cabo. Existía también una especie de mojiganga a la que se llamaba "encamisada", pero ésta se efectuaba por la noche, con hachas encendidas y sólo para conmemorar algún suceso más bien religioso que profano:

[3] A.R. Cortázar, *op. cit.*, p. 34.
[4] L. Rosell, "Mascarada seria y faceta", *Excélsior*, domingo 21 de febrero de 1926, p. 10.

> Dieron también en hacer máscaras, que para salir en ellas no era menester más de concertallo en la mesa y dicir: "Esta tarde tengamos máscara", y luego se ponía por obra y salían disfrazados cien hombres de caballo, y andaban de ventana en ventana hablando con las mujeres, y apeábanse algunos, y entraban en las casas de los caballeros y mercaderes ricos, que tenían hijas o mujeres hermosas, a parlar. Vino el negocio a tanto, que ya andaban muchos tomados del diablo, y aun los predicadores lo reprendían en los púlpitos; y en habiendo máscara de disfrazados se ponían algunos a las ventanas con sus mujeres, y las madres con sus hijas porque no las hablasen libertades; y visto que no podían hablarlas, dieron en hacer unas cerbatanas largas, que alcanzaban con ellas a las ventanas, y poníanles en las puntas unas florecitas, y llevábanlas en las manos, y por ellas hablaban lo que querían.[5]

La mascarada fue parte de una tradición generalizada entre los criollos; los integrantes de un grupo de enmascarados, inesperadamente, llamaban a un noble para que fuera a su salón de recepciones y hasta ahí ellos llegaban bailando y llevándole regalos a su anfitrión, en determinada noche del año. Los espectadores de la mascarada eran invitados a participar en el baile y, al final, los integrantes de la mascarada se quitaban las máscaras para revelar sus identidades. Era un juego que le parecía refinado a la nobleza novohispana.

Las mascaradas muy pronto se convirtieron en una de las diversiones preferidas de los hijos de los conquistadores a los cuales sobraba el tiempo en demasía, se verificaban a menudo y con diversos motivos. Durante la Colonia mantenían algunas semejanzas con las que salían en los cortejos o desfiles callejeros del carnaval, pero éstas salían en días determinados, mientras que las otras celebrábanse con diferentes objetivos y en cualquier mes del año.[6] Las mascaradas se hacían de día o de noche a la luz de las antorchas que conducían los que formaban las comparsas, y eran a lo serio y "a lo faceto" (a lo fácil); según los personajes, el asunto o los días en que salían.

La mascarada a lo faceto, que salía casi siempre durante los días de carnaval, era con frecuencia un medio útil de crítica y no faltaron las que hacían burla de personas vivas y prominentes, lo que causaba encono a las autoridades virreinales y las familias españolas. La crítica se volvió con el tiempo

[5] J. Suárez de Peralta, *Tratado del descubrimiento de las Indias*, México, Conaculta, 1990, pp. 177-178.
[6] L. González Obregón, *México viejo (1521-1821)*, México, Patria, 1955, p. 250.

una costumbre y llegó a tanto el desacato entre la muchedumbre que cierta vez, en la ciudad de Puebla, salió una mascarada que provocó la condena generalizada por la crítica despiadada ejercida contra el virrey y su esposa:

> Se hizo en ella una mascarada indecentísima en que sacaron en estatua al conde virrey y a la condesa su muger, en forma de que se hacía justicia de ambos, con pregón de muchas y grandísimas injurias, haciendo paseo por las calles, siendo actualmente virrey, y consiguiente, ofendiéndose a su majestad, cuya imagen representaba, con tan atroz delito siendo tan público.[7]

Este tipo de mascaradas indignaban a la autoridad virreinal porque se confundían o revolvían con otros géneros; mojigangas, carnavales, encamisadas o todo revuelto, lo que conformaba un desfile fuera de control, que las autoridades no podían contener.

Con frecuencia estaba en manos de los estudiantes, criollos en su mayoría, la organización de las mascaradas, las cuales consistían en un desfile de hombres y mujeres disfrazados con el fin de simbolizar personajes

Mascarada en el siglo XVII, Adrien Moreau (1843-1906).

[7] J. Suárez de Peralta, *op. cit.*, p. 251.